



Jaume Funes

Jaume Funes (Calatayud, Zaragoza, 1947) es psicólogo y educador, con una larga y sólida trayectoria de trabajo con niños y adolescentes. Su recorrido incluye la docencia, la formación de formadores, las responsabilidades como adjunto del Síndic de Greuges de Catalunya (Defensor de las Personas) y Secretario de Familias (2004–2007), así como la orientación y el asesoramiento. Sus análisis y propuestas han quedado reflejadas en libros como *9 ideas clave. Educar en la adolescencia* (Graó, 2010) o *El lugar de la infancia* (Graó, 2008). Ha publicado también *Álex no entiende el mundo* (Montena, 2014), un libro para los adolescentes... y para los adultos que se relacionan con ellos.

«Construir la propia responsabilidad requiere poder equivocarse, poder probar, poder dudar»

Funes explica de sí mismo que no se cansa de escuchar a los adolescentes: le interesan, le mueven, una diría que verdaderamente le apasionan. Si algo distingue sus planteamientos, es la tozudez de querer comprender a los jóvenes y a sus causas, y la crítica a las soluciones fáciles y cerradas, a las sentencias sobre los jóvenes y a las incoherencias que exhibimos los adultos. Lleva toda una vida en ese compromiso. Por algo le llaman *el apóstol de los adolescentes*.

En las páginas de tu nuevo libro¹ late una idea constante: la de escuchar a los chicos y las chicas como paso previo a cualquier otro, y también como actitud. De hecho, afirmas que educar empieza por ahí, por mirar y escuchar, y que para eso se necesitan adultos adecuados, lo que llamas buenos traductores. ¿Cómo es un buen traductor?

En educación infantil o primer ciclo de primaria, un buen traductor es el que crea un ambiente en el que el niño, de acuerdo con sus características de etapa y edad, puede estar, expresarse, vivir. El buen traductor crea el entorno adecuado para que esto suceda, es un facilitador.

Eso es tan importante en primaria como en secundaria...

En secundaria todavía está más claro: si no aprendes a escucharles, ¿cómo vas a descubrir sus preocupaciones y sus intereses? Hay que saber que dependiendo de si el chico está solo o acompañado por otros compañeros, tendrá una respuesta u otra; luego, saber que lo primero que aprenden es a

Entrevista realizada por Anna Ortiz y publicada en *Aula de Innovación Educativa*, núm. 233-234, pp. 50-54 y en *Aula de Secundaria*, núm. 9, pp. 25-28, en julio-agosto de 2014.

1. Esta entrevista se realizó cuando se publicó *Álex no entiende el mundo*. De ahí la referencia constante a la última publicación de la persona entrevistada.

responder a un adulto y que probablemente te dirá lo que tú quieres escuchar. Si escuchas al grupo y no preguntas directamente, seguramente obtendrás una información más real. Por eso es importante crear el ambiente y las condiciones necesarias.

El educador debe saber observar antes que nada; luego, observar sistemáticamente; después, saber con qué claves interpreta lo que ha ido observando y registrando. A veces interpretamos con mucha rigidez o nos anticipamos o somos incapaces de desproblematizar.

Cuando afirmas que tan importante es lo que yo digo como lo que dice el chico, se te podría objetar que el adolescente no tiene suficiente criterio, porque está en proceso de construirse...

Claro, porque consideramos que son seres en construcción, pero si fuese por los adultos, esa construcción no se terminaría nunca. Los chicos y las chicas no son «menores»; son niños de edades distintas a cada momento. «Menor» es solo un dato jurídico, pero no podemos obviar que la última palabra sobre su vida la tiene él. ¿No tiene suficiente criterio? Pues ayúdale a tenerlo, no le dejes solo con sus decisiones, acompáñale, pero no le privas de tomar esas decisiones.

Hablamos, pues, de responsabilidad...

Muchos adultos vamos trampeando entre dos opciones, pero no nos sirve ninguna de las dos: no tienen criterio ni responsabilidad, y entonces llega un día en que deben serlo del todo y para todo. Eso no puede funcionar. La otra opción tampoco: son responsables en un área, pero no pueden serlo en otra, o para lo que nos conviene son mayores, para lo que no, no lo son. Yo creo que la única manera es considerar que siempre son responsables y lo son para todo, pero de manera diferente en cada momento; por lo tanto, las respuestas que deben recibir de nosotros han de ser también diferentes a cada momento, justamente para que pueda construir su responsabilidad.

¿Podemos considerar que en cada momento poseen el criterio que pueden tener por su madurez... y también según el entorno en el que han crecido?

Sí. Tienen el criterio que pueden tener y que les hemos ayudado a construir los adultos. ¿Quién no tiene criterio? El que no ha tenido respuestas que le hayan ayudado a diferenciar lo que vale y lo que no. El criterio personal es

una construcción derivada de la influencia educativa. Y en la adolescencia, construir la propia responsabilidad requiere poder equivocarse, poder probar, poder dudar.

En ese sentido, penalizar el error no contribuye a hacerlo...

Penalizar el error coarta la búsqueda y la empobrece. Y es muy habitual que no les permitamos probar casi nada. Hace años, cuando un niño salía de la escuela con la ropa sucia, algunos moratones, quizá un mordisco, se asumía eso como parte del aprendizaje, de la confrontación útil. Hoy, eso termina en los juzgados. Pero el niño necesita aprender de esa experimentación vital, y si no les damos oportunidades para descubrir, estamos limitando mucho las posibilidades de construir la propia responsabilidad.

¿La escuela que tenemos hoy evoluciona hacia una escuela actual, conectada con la vida?

Tenemos una escuela clasificatoria, cada vez más: chavales con su etiqueta cada uno, con una valoración de cuántos de cada tipo caben en el aula, y a cada uno se le aplica una receta. Luego, la escuela acepta distintos grados de diversidad, con apoyos y ayudas; pero en cuanto llegan a ESO, comprueban que en la adolescencia no solo hay distintos niveles escolares, sino también diversidad de adolescencias, diversidad social... y con todo eso, ¿qué hacemos? Los docentes dicen entonces que quieren dedicarse «a los chicos y las chicas que quieran estudiar». Finalmente hay la escuela inclusiva, suficientemente diversa y flexible para que quepan en ella las múltiples diversidades, que son aceptadas de manera estructural, no como una respuesta o reacción a unas cuotas toleradas, sino dándolas por descontadas, por definición.

¿Esa escuela inclusiva necesita, en especial, maestros que crean en ella?

Necesita eso y los medios adecuados, pero para mí representa mejor la sociedad y está más a su servicio, porque da por hecho que todos los chicos y las chicas son educables, y que la educación será el motor de desarrollo de todos esos chavales. La gran cuestión educativa actual es la gestión de la diversidad, por encima de cualquier otra cosa. La complejidad educativa es enorme, y lo que tú te encuentras en el aula es un conjunto de historias muy diversas que interactúan.

En el libro *Álex no entiende el mundo*, afirmas que los adolescentes tienen un dilema entre «cómo no ser uno más y a la vez ser como alguien». ¿Puedes ampliarlo un poco?

Cualquier adolescente tiene el convencimiento de que es único. Pero no puede ser él solo y tiene que parecerse a alguien. Su manera de ser está compuesta por imitaciones (aunque él lo niegue) y también de pertenencias, porque necesita el factor grupal. Necesita comprobar que lo que le pasa y lo que siente no es extraño, por eso necesita a los demás: para comparar, confirmar y hallar una forma compartida.

También afirmas que, en un mundo tan cambiante, hace falta «no dejar de pensar, sino pensar diferente». Para acompañarlos en un pensamiento flexible, por ejemplo, ¿podemos responderles en ocasiones con un «esto no lo sé»?

Absolutamente. Y también responderles: «No lo sé, para mí ahora la respuesta válida es esta, pero es posible que haya otras». Es verdad que los adolescentes siempre andan con el «depende» y no quieren encontrar a sus adultos de referencia con más «dependes». Necesitan que su profesor referente pueda decirles: «Hoy lo veo así, pero estoy dispuesto a cambiar de idea si me demuestras otra manera». Eso da una seguridad que evita el relativismo total; todo no es igual, hay cosas que no cambian o que solo cambian parcialmente. Ellos reclaman adultos seguros, pero no inflexibles.

Entonces, los adolescentes buscan continuamente y los adultos debemos estar disponibles para aceptar todas sus preguntas. ¿Qué sucede si no preguntan?

Ellos se hacen preguntas continuamente y ojalá no dejen de hacerlo. Un adolescente que no se pregunta, ni por dentro ni por fuera, quizá haya llegado a la conclusión de que no sirve de nada. Es dramático comprobar que no confían en su tutor, que no creen que las respuestas que obtengan les puedan ser útiles.

¿Y si no preguntan ni a sus padres ni a su tutor?

También están los monitores del tiempo libre, los educadores del centro social, otros adultos referentes. Los padres deben garantizar que el chico o la chica tenga adultos cercanos que puedan ser preguntados. Si no, las preguntas las harán en las redes. Y los padres no pueden ser los únicos,

porque tienen la responsabilidad y a la vez la tendencia a angustiarse. Los educadores pueden contextualizar y tener otras miradas.

Afirmas que para el joven no hay verdades absolutas, no se pueden heredar, se debe poder discutir todo y no hay nada que sustituya la indagación personal.

Sí. Uno educa bien cuando, además de transmitir sus valores y criterios, educa para que cuando el chico o la chica sea mayor, pueda ponerlos en crisis. Que no significa rechazarlos, sino revisarlos y decidir desde lo que cada uno es.

En *Álex no entiende el mundo* también afirmas que hoy los chicos y las chicas no necesitan tanta información como acompañamiento.

Toda experiencia necesita un contraste para ser valorada. ¿Dónde se contrasta? Con un adulto con quien el joven no deba presumir, ni complacerle, y también trabajando con el grupo para que el propio grupo haga esa función de contraste, para que sea un lugar útil donde hacer sus comprobaciones. Lo que hay que evitar es que estén solos, por eso insisto en el acompañamiento. Debemos ayudarlos a discriminar, a distinguir, preguntándoles cómo registraron una experiencia, cómo se sienten con eso, sin juzgarlos.

Dices que «a protegerse, se aprende». Pero las conductas de riesgo inquietan y preocupan mucho...

Primero: a nadie le gusta que su hijo se autodestruya. Pero determinadas respuestas contra su voluntad y su lógica, por más que se intenten proteger, son inútiles. Segundo: pongamos el máximo de protecciones para que, sin evitar que se arriesguen, los costes derivados del riesgo se minimicen (ponte el casco, no bebas si conduces, etc.). Tercero: démosles recursos para gestionar el riesgo: un recurso es la información, otro es ver opciones felices y distintas, otro es comprobar la preocupación de los padres. Nuestros discursos son poco efectivos, pero las actitudes lo son mucho más: podemos decirles, sin histerias: «Hijo, esto a mí me preocupa mucho».

Si los ayudamos a pensar, a hacerse responsables y a decidir..., deberemos aceptar las decisiones que tomen, eso es un viaje de ida y vuelta, ¿verdad?

¡Pues claro! Porque vamos sembrando en una dirección y luego, pasado el tiempo, ¿nos quejamos de los frutos? No, debemos poder decirles que no

compartimos su decisión, pero si hemos trabajado para que tome sus propias decisiones y se haga cargo de los resultados, nos guste o no la decisión concreta, ¡podemos alegrarnos!

¿Va en esa dirección el paisaje educativo que tenemos hoy?

Lamentablemente, va en sentido contrario. El mundo de los adolescentes y el mundo que dibujan las leyes no tienen nada que ver. Eso es ya muy antiguo: si la escuela o el instituto no tienen relación con la vida, muy difícilmente lo que propongan tendrá interés para los chicos y las chicas. No pasará de ser una domesticación como otra... y mi impresión es que adolescentes y escuelas están cada vez más alejados.

¿Qué te ha mantenido al pie del cañón durante estos cuarenta años de trabajo con niños y adolescentes?

De los jóvenes siempre aprendo cosas, siempre me han enriquecido mucho. Por otra parte, he visto y he trabajado con muchas adolescencias destruidas; estos chicos y chicas se merecen alguien que se los mire de otra manera, no solo el psicólogo que los patologiza, un maestro broncas que quiere cambiarles y un policía que los ve como delincuentes. Otra lectura, otra mirada sobre ellos es fundamental para que tengan una oportunidad. Considero que hay dos claves para hacerlo: una, la mirada que tengas sobre el chico o la chica; otra, el poder y querer permanecer a su lado, como un adulto disponible durante un tiempo para acompañarlo.